

Reseña

N. Luhmann, *Sociología del riesgo*, Universidad Iberoamericana–Universidad de Guadalajara, 1992.

Juan Manuel Ramírez Saiz*

El último libro de Luhmann constituye una muy grata experiencia editorial, porque la versión española aparece con escasos meses de diferencia respecto de la alemana. Por ello, debe reconocerse el esfuerzo que la Universidad Iberoamericana y la Universidad de Guadalajara han realizado en este caso.

Sociología del riesgo es una obra reveladora, preocupante, comprometedora y, paradójicamente, esperanzadora al mismo tiempo. Expliquemos cada uno de estos adjetivos:

Reveladora, porque levanta y rompe el velo que cubre y oculta la cotidianidad y nos revela una realidad insospechada, pero que penetra toda la vida humana y la sociedad; es decir, su riesgo inmanente y constante.

Preocupante, porque demuestra que “no existe ninguna conducta humana libre de riesgo” (pp. 72 y 169). Luhmann demuestra brillantemente que aquello que consideramos como fuente de seguridad (la ciencia, la tecnología, la política, la economía y las organizaciones) es, al mismo tiempo, origen y causa de otros riesgos. Luhmann quiere que estemos prevenidos ante lo que Aristóteles definió hace tiempo como “el acercarse de lo terrible” (Retórica, II, 1382). Debemos prever los riesgos para lograr la relativa seguridad que buscamos.

Comprometedora, porque el riesgo sólo es atribuible a las decisiones humanas (pp. 152, 166, 167 y 169). El existencialismo insistió en que el riesgo es “inherente a la elección que el yo hace de sí mismo y en toda decisión existencial” (Jaspers, *La filosofía desde el punto de vista de la existencia*). El riesgo está implícito en la elección humana; el hombre que decide debe asumir este riesgo y sus consecuencias.

Esperanzadora, porque el hombre y la sociedad, mediante la inclusión en los procesos sociales, pueden enfrentar con racionalidad el riesgo. De esta manera, no desaparece el riesgo, pero aumenta la previsión y la posible disminución de los daños. Como dice Luhmann, “al aceptar el riesgo se ganan oportunidades” (p. 115).

*CISMOS, Universidad de Guadalajara.

Para quienes el alto nivel de abstracción de los planteamientos de Luhmann los alejaba de su obra o dificultaba su lectura, *Sociología del riesgo* permite descubrir un Luhmann no menos riguroso, pero más cercano, al abordar una realidad y característica de la sociedad moderna —el riesgo— y, por medio de él, nuevamente volver y profundizar en “la sociedad mundial como sistema”.

El tema del riesgo estaba ya presente en la obra mayor de Luhmann, *Sistemas sociales*, la obra más acabada de su pensamiento. Sin embargo, este tema recibía en ella un tratamiento marginal. De hecho, las referencias a ese tema son sólo siete y de carácter menor. Por otra parte, no había en esas alusiones dos elementos centrales del planteamiento actual de Luhmann sobre el riesgo, que son: la clara distinción entre *riesgo* y *peligro* y el riesgo como atribución de las *decisiones*.

Como ya se aludió, el *riesgo* es, según Luhmann, “el daño consecuencia de una decisión” (pp. 65, 147 y 153), mientras que el *peligro* es un daño provocado externamente, atribuible al medio “ambiente” (pp. 65, 148 y 153). Por ello, las decisiones son el factor diferenciante entre ambos: ellas “generan las condiciones de ser afectado” (pp. 152 y 166); “el riesgo es una atribución de las decisiones” (pp. 167 y 169).

Con base en esta distinción, Luhmann construye su análisis sobre el riesgo en dos niveles básicos: teórico general y teórico sectorial. El primer nivel es resuelto en los cuatro primeros capítulos del libro: el concepto de riesgo en el primero; el futuro como riesgo, en el segundo; la fijación temporal, sus aspectos objetivos y sociales, en el tercero; y el riesgo del observador y la codificación de los sistemas funcionales en el cuarto. El nivel *teórico sectorial* es abordado en siete capítulos. Los temas particulares que considera en ellos son: el caso especial de la alta tecnología, en el quinto; las instancias de decisión y los afectados, en el sexto; los movimientos de protesta, en el séptimo; las demandas políticas, en el octavo; los riesgos en el sistema económico, en el noveno; el comportamiento de riesgo en las organizaciones, en el décimo, y la ciencia en el undécimo. El libro finaliza con el capítulo duodécimo: “La observación del segundo orden”, con planteamientos teórico-metodológicos sobre el riesgo.

Respecto al entramado teórico de los cuatro primeros capítulos, Luhmann analiza la ambivalencia inherente, en términos de riesgo, a la tecnología, la política, la economía, las organizaciones y la ciencia. Cada uno de estos factores aporta seguridades parciales a la sociedad, pero, al mismo tiempo, representa riesgos específicos que únicamente por medio de la previsión pueden ser aminorados. Sin embargo, no es posible la seguridad en ninguno

de ellos. El riesgo es inherente a la sociedad. Ésta se mueve entre la probabilidad y la improbabilidad. Y el futuro es promisorio, pero incierto. Éste es el aporte central del libro, además de alertarnos sobre el gran riesgo de la sociedad actual: el ecológico (p. 115 y muchas otras).

La argumentación que Luhmann utiliza es ampliamente convincente. En cada uno de los temas hace alarde de precisión y rigor conceptuales, de un conocimiento histórico profundo de los aspectos implicados y de un manejo amplio de la bibliografía respectiva. El estilo es sobrio y elegante, mucho menos frío y cerrado que en *Sistemas sociales*; finamente irónico a veces y con metáforas escasas, pero, en general, brillantes.

Como se comprueba en la abundante producción bibliográfica que cita Luhmann, el tema del riesgo se encuentra prácticamente inabordable por la sociología del Tercer Mundo. Esta laguna es tanto más lamentable cuanto en esta parte del mundo han tenido lugar desastres tecnológicos dramáticos, la política es un factor de inestabilidad y convulsión y la economía ha sufrido percances deplorables, cuyas consecuencias lo afectan profundamente.

Luhmann reconoció, en una reciente entrevista realizada en México, que la sociología ya se había ocupado desde hace mucho de las catástrofes y del riesgo en la sociedad. Su afirmación se comprueba al verificar el aporte de varias ciencias. La *economía* ha abordado el riesgo económico y financiero como elemento que lleva implícita toda actividad empresarial. La *estadística* se ha centrado en la probabilidad y la improbabilidad, así como en su medición. Y la *teoría de la decisión* y el proceso de adopción de decisiones se encuentran abundantemente desarrollados tanto en los aspectos psicológicos y económicos como en los políticos. Por su parte, la *sociología de los desastres* establece una distinción fundamental entre desastre *natural* y *social*, muy próxima a la señalada por Luhmann entre peligro y riesgo; el primero es resultado de las fuerzas de la naturaleza, mientras que el segundo es imputable a la intervención del hombre o de instituciones sociales. En este contexto, el *riesgo* es un daño potencial y el *siniestro o desastre*, un daño actualizado.

No obstante estos antecedentes, el libro de Luhmann significa el primer planteamiento sistemático de un tema medular en la sociedad contemporánea y, sobre todo, aporta un tratamiento innovador desde una teoría general de la sociedad, que da un sentido nuevo al tema y a sus expresiones sectoriales ya aludidas. Manteniendo lo anterior, me permito apuntar tres observaciones.

1. El tema específico de los *riesgos urbanos* (siniestrabilidad de las ciudades) no es contemplado por Luhmann. Ciertamente,

varios de los temas analizados por él (tecnología, economía, política y ciencia) hallan sus manifestaciones más significativas en el ámbito urbano. Pero la ciudad moderna (que, en buena parte, es ya equivalente a sociedad, especialmente en los países centrales) plantea riesgos nuevos, como espacio y forma de organización social particulares. La ciudad es, cada vez más, no sólo ámbito de riesgos, sino de catástrofes, algunas de ellas vividas dramáticamente y hace muy poco en Guadalajara.

2. *Los movimientos de protesta* (a cuyo análisis Luhmann dedica el capítulo séptimo) es una de las modalidades de los movimientos sociales. A veces los hace pasar por equivalentes (p. 173), aunque no lo son. Para su análisis, privilegia la literatura alemana; realiza escasas referencias a la inglesa-norteamericana; y ninguna a la francesa y a la de lengua española, cuya producción es abundante e innovadora. Luhmann aclara que “de los movimientos de protesta sólo queremos hablar si ésta sirve como catalizador para la formación de un sistema propio” (p. 174). Al respecto, sostiene que aportan, por una parte, “el rechazo de situaciones en donde uno podría convertirse en víctima del comportamiento arriesgado de otros” (p. 184), y además “participan en la creación de temas y en su introducción a la discusión para innovar la sociedad” (pp. 189 y 190). El planteamiento de estos temas es importante a pesar de que, como reconoce Luhmann, “ninguno de los sistemas funcionales [...] [los] reconocería como suyos” (p. 191). Sin embargo, Luhmann se contradice, cuando afirma que esos movimientos “protestan contra la sociedad, como si la protesta ocurriera fuera de ella” (p. 187). Al sostener lo anterior, olvida que, si los movimientos plantean la necesidad de cambios en la sociedad, no es porque quieran salirse de ella, sino transformarla. Por otra parte, al calificar los movimientos de protesta como “perros guardianes que sólo tienen posibilidad de ladrar y morder” (p. 191), les niega la posibilidad de formar el sistema propio que les asigna como función. Además, la metáfora utilizada no es la más brillante ni favorecedora del estudio acerca de estos movimientos.

3. Luhmann reconoce que “los pobres y los ricos tienen un umbral de catástrofe muy distinto (lo que para el primero es una catástrofe para el segundo sólo es una pérdida); de manera que los ricos tienen más oportunidades de compensar los riesgos con las oportunidades que los pobres” (p. 198, nota). Acerca de un asunto similar, en la entrevista citada sostenía:

Pienso que, en las regiones que no alcanzan todavía el desarrollo, estas condiciones (necesarias para la inclusión de las personas en los procesos socia-

les) no están suficientemente instaladas. Y esto establece una brecha entre los que participan en la inclusión funcional (que algo tienen, que pueden ejercer cierta influencia) y aquellos que quedan excluidos de todo [...] No es posible saber si llegará un momento en que esta diferenciación (diferencia directriz de inclusión-exclusión) se aminore y toda la población mundial (de tasa de crecimiento en aumento) pueda quedar inserta en la inclusión funcional, si alguna vez resulte posible proveer a toda la sociedad de oportunidades de inclusión –lo que tradicionalmente ha sido expresado por los términos libertad e igualdad–, o si finalmente tendremos siempre que contar con un resto de cuerpos en sobrevivencia que, según nuestros criterios, casi no pueden denominarse seres humanos [pp. 13-14].

Si reconocemos que las regiones, países y hombres que se encuentran en la situación señalada por Luhmann representan la mayor parte de la población mundial, es difícil sostener que una teoría que no la plantea pueda ser concebida como “una teoría general de la sociedad”, o que, sin analizarla, se pueda proponer como la concepción de “la sociedad mundial como sistema” (p. 10 de la entrevista). Por supuesto, no se trata de exigir a Luhmann una toma de posición o de reclamarle que no aporte respuestas a esta problemática. El asunto no es de orden político o ético, sino de congruencia teórico-metodológica entre el modelo propuesto y el objeto del estudio seleccionado. El modelo planteado por Luhmann corre el riesgo de no incluir en su teoría una parte significativa de la realidad mundial. Ojalá pueda evitarlo, si no estudiando una problemática (que quizá no corresponda a sus intereses), al menos revisando y advirtiendo que el ámbito sobre el cual versan sus brillantes y enriquecedores análisis no es el “todo social”, sino sólo la mitad de la sociedad mundial.

